

Isabel, que esperaba sacar de la camarera alguna luz, comprendió la superfluidad de interrogarla, y se abandonó, no sin cierto terror, á sus mudos cuidados.

Una vez se hubo retirado la doncella, los lacayos sirvieron la comida, á la cual Isabel, á pesar de lo triste de su situación, hizo honor, pues la naturaleza reclama imperiosamente sus derechos aun en las personas más escrupulosas. Esta refaccion le dió las fuerzas de que tanta necesidad tenía, por habérselas agotado las emociones y embates que había experimentado.

Algo más tranquilizada, la prisionera volvió su pensamiento hácia Sigognac, que tan valerosamente se había conducido, y quien, aunque solo, la hubiera arrancado de manos de sus raptos, á no haber perdido algunos minutos en desenredarse de la manta que le arrojara encima el traidor ciego. Prevenido ya por Chiquita, no cabía duda que correría en defensa de la que amaba más que á su vida. A la idea de los peligros á que iba á exponerse el Barón en tan peligrosa empresa, pues el duque no era hombre que soltase su presa sin resistencia, el seno de Isabel se hinchó á impulsos de un suspiro y una lágrima subió de su corazón á sus ojos; la pobre jóven se culpaba de ser la causa de aquellos conflictos, y llegaba casi á maldecir su belleza, origen de todo el mal, no obstante ser modesta, y no haber por coquetería buscado excitar á su alrededor las pasiones, como hacen muchas comediantas y aun damas de alto copete ú otras de más humilde esfera.

Aquí se hallaba de sus pensamientos, cuando uno de los cristales de la ventana saltó en pedazos á impulsos de un gol-

pe seco, cual si hubiese sido producido por una piedra de granizo. Isabel se acercó á aquella y vió en el árbol fronterizo á Chiquita que con signos misteriosos le indicaba que abriese la ventana, mientras balanceaba la cuerda provista en su extremidad de un garfio de hierro. La prisionera comprendió la intencion de la niña, hizo lo que esta le indicara, y el garfio, lanzado con mano segura, fué á morder la madera del marco. Chiquita anudó el otro extremo de la cuerda á la rama, y se suspendió á ella, como la víspira; pero no se encontraba aun á la mitad del camino, cuando el nudo se deshizo, con gran sobresalto de Isabel, y se escapó del árbol. En vez de caer en la verdosa agua del foso, como podía temerse, Chiquita á quien este incidente, si es que era tal, no había turbado su presencia de ánimo, vino á dar, agarrada de la cuerda, contra la pared de la torre, más abajo de la ventana, que, con ayuda de las manos y de los piés, que apoyaba contra la pared, ganó pronto. Luego cabalgó sobre el alféizar y saltó con ligereza dentro del aposento.

—Has tenido miedo y has creído que Chiquita iba á reunirse con las ranas del foso,—dijo la rapaza sonriendo al ver pálida como la cera y casi desmayada á Isabel.—Sólo había hecho un nudo corredizo á la rama para poder atraer la cuerda hácia mí. ¿No es verdad que al extremo de esta línea negra debía yo parecer, flaca y morena como soy, una araña subiendo detrás de su hilo?

—No digas esto,—murmuró Isabel dando un beso en la frente de Chiquita;—eres buena y valiente.

—He visto á tus amigos, que te han buscado desesperadamente; pero sin Chiquita, no habrían alcanzado nunca á descubrir tu cárcel. El capitán iba y venía como león enfurecido; sus ojos le saltaban de cólera. Me ha colocado sobre el arzon de su silla, y está escondido con sus amigos en un bosquecito no léjos del castillo. Esta noche, cuando las sombras lo invadirán todo, intentarán tu rescate; habrá estocadas y pisto-

letazos. Será soberbio. Nada hay tan bonito como hombres que se baten; pero no vayas á espantarte y á dar voces, pues los gritos de las mujeres desaniman á los combatientes. Si quieres, me estaré á tu lado para tranquilizarte.

—No temas, Chiquita, no estorbaré con necios sobresaltos á los valientes amigos que con riesgo de su vida vienen á salvarme.

—Bueno,—repuso la niña,—defiéndete hasta esta noche con el cuchillo que te dí. El golpe debe darse de abajo arriba, no lo olvides. Adios, me voy á buscar un rincón donde poder dormir, pues no conviene que nos vean juntas. Sobre todo no mires por la ventana, pues esto inspiraría sospechas y tal vez daría á comprender que esperas socorros de este lado. Entonces darían una batida al rededor del castillo, y como tus amigos serían descubiertos, el golpe saldría frustrado y quedarías en poder de ese Vallombreuse á quien detestas.

—Te prometo que por mucha curiosidad que sienta no me acercaré á la ventana,—respondió Isabel.

Tranquilizada sobre este punto importante, Chiquita desapareció y fué á reunirse con los matachines de la sala baja, que anegados en vino, embotados por bestial sueño, ni siquiera se habían apercibido de su ausencia. Apoyóse contra la pared, juntó las manos sobre el pecho, posición que le era favorita, cerró los ojos y no tardó en dormirse, pues sus pequeños piés de corza habían hecho más de ocho leguas la noche precedente, entre Vallombreuse y Paris. El regreso á caballo, andar al que no estaba acostumbrada, quizás la había fatigado más; así es que su delgado cuerpo, á pesar de tener la resistencia del acero, estaba quebrantado, y su sueño era tan profundo que parecía muerta.

—¡Cómo duermen esas criaturas!—dijo Malartic desper-

tándose por fin;—á pesar de nuestra bacanal, ha dormido de un tiron. ¡Eh! vosotros, amables brutos, procurad levantaros sobre vuestras patas traseras é id al patio á rociaros la cabeza con un cubo de agua fría. Ya que la borrachera os ha convertido en marranos, volved á ser hombres por medio de este bautismo, y luego nos iremos á practicar una ronda para ver si se trama algo en pro de la beldad, cuya guarda y defensa nos ha confiado el señor de Vallombreuse.

Los matachines se levantaron con estupidez y salieron no sin dibujar más de dos eses desde la mesa á la puerta, para dar cumplimiento á las atinadas prescripciones de su jefe. Cuando poco ó mucho hubieron recobrado su sangre fría, Malartic se llevó consigo á Bocatorcida, al Chispo y al Rasgado, se dirigió hácia la poterna, abrió el candado que cerraba la cadena amarrada á una puerta que daba en la cocina, y el barquichuelo, impulsado por una percha y cortando la glauca capa de lentejas acuáticas, atracó pronto al pié de una estrecha escalera practicada en el revestimiento de la torre.

—Tú,—dijo Malartic al Rasgado, cuando se hallaron todos en lo alto de aquella,—vas á quedarte aquí para defender la barca dado caso que el enemigo quisiera apoderarse de ella para penetrar en la plaza. Nosotros vamos á patrullar y batir la arboleda vecina á fin de espantar los pájaros.

Malartic, seguido de sus dos acólitos, se paseó al rededor del castillo durante más de una hora, sin encontrar nada sospechoso, y cuando volvió á su punto de partida, halló al Rasgado dormido de pié arrimado contra un árbol.

—Si fuésemos una tropa regular,—le dijo despertándole de un puñetazo,—te haría pasar por las armas por haberte dormido estando de centinela, cosa contraria á toda buena disciplina marcial; pero ya que no puedo hacerte arcabucear, te perdono y te condeno tan sólo á beber una pinta de agua.

—Antes preferiría dos balas en la cabeza, que una pinta de agua en el estómago,—respondió el borracho.

—Bella respuesta,—exclamó Malartic,—digna de un hé-

roe de Plutarco. Tu falta queda perdonada sin castigo, pero no reincidas.

La patrulla entró de nuevo en la barquichuela y esta fué otra vez encadenada con todas las precauciones de que se usa en las fortalezas.

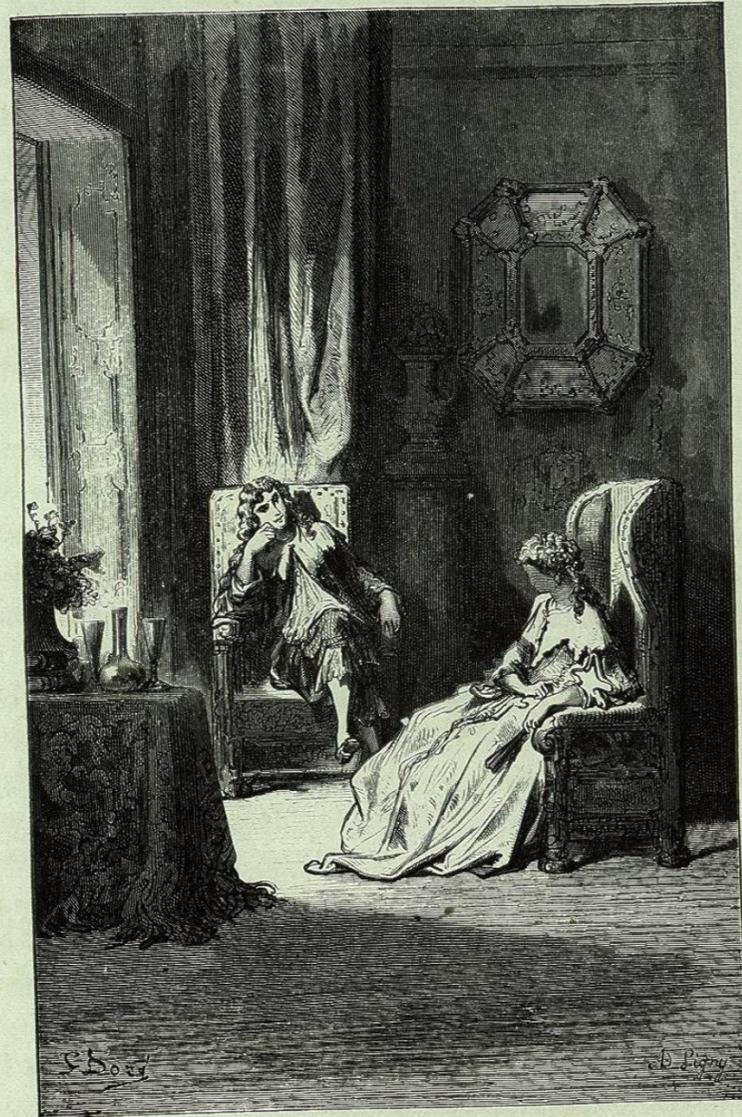
Satisfecho de su inspeccion, Malartic dijo para su capote. — Si la encantadora Isabel sale de aquí, ó entra el valeroso capitan Estruendo, pues hay que prever los dos casos, que mi nariz se vuelva blanca y enrojezca mi cara.

Una vez sola, Isabel abrió un tomo de la *Astrea* de Honorato de Urfé, que estaba tirado sobre una consola, é intentó fijar su pensamiento en la lectura del libro; pero fué en vano: sus ojos seguian maquinalmente tan sólo las líneas; el ánimo volaba léjos de las páginas, y no tomaba parte alguna en aquellas fábulas pastoriles ya rancias. Llena de fastidio arrojó el libro y cruzó los brazos esperando los acontecimientos. A fuerza de hacer conjeturas, habia acabado por fatigarse, y sin intentar adivinar cómo Sigognac la libertaria, contaba en el absoluto rendimiento de este ejemplar amante.

Llegó la noche. Los lacayos encendieron las bujías, y poco despues pareció el mayordomo y anunció al duque de Vallombreuse, quien entró detrás del criado y saludó á su cautiva con la más exquisita cortesía.

La belleza y elegancia del jóven eran realmente supremas, y debia inspirar amor á todo corazon no prevenido.

Un jubon de raso perla, calzas de terciopelo encarnado, botas de embudo de cuero blanco adornadas con puntas, una banda de brocado de plata de la que pendia una espada con



RAMILLETES Y VISITAS SERÁN INÚTILES.

pomo de pedrería, hacian resaltar maravillosamente sus gracias físicas, y se necesitaba toda la virtud y constancia de Isabel para no impresionarse.

—Vengo para ver, adorable Isabel,—dijo Vallombreuse sentándose en un sillón cerca de la jóven,—si seré mejor recibido que el ramo de flores; no tengo la presuncion de creerlo, pero quiero acostumbraros á mí. Mañana, nuevo ramo y nueva visita.

—Ramos y visitas serán inútiles,—respondió Isabel,—y aunque esto le cueste á mi educacion decirlo, mi sinceridad no debe dejaros ninguna esperanza.

—Bueno,—exclamó con altiva indolencia el duque,—haré caso omiso de la esperanza y me contentaré de la realidad. Vos, ¡infeliz! que intentais oponerme resistencia, ignorais quién es Vallombreuse. Jamás ha alimentado su alma deseo alguno que no lo haya visto saciado; camina recto á su voluntad sin que nada pueda doblegarle ó desviarle: ni lágrimas, ni súplicas, ni gritos, ni cadáveres arrojados en su camino, ni ruinas humeantes; el derrumbamiento del universo entero no le detendria, y sobre los despojos del mundo satisfaria su capricho. No aumenteis su pasion con el atractivo del imposible, imprudente que haceis olfatear el cordero al tigre y luego lo retirais.

Isabel se asustó del cambio operado en las facciones de Vallombreuse al pronunciar estas palabras. Su agraciada expresion habia desaparecido; sólo se leia en ellas una maldad fria y una resolución implacable. Instintivamente Isabel retrocedió su sillón y llevó la mano á su corsé para asegurarse de que llevaba el cuchillo de Chiquita.

Vallombreuse acercó su asiento sin afectacion. Dominando su cólera, habia ya hecho recobrar á su semblante el aire encantador y tierno que hasta entonces le hiciera irresistible.

—Haced un esfuerzo sobre vos misma; no volvais la mirada hácia una vida que para vos no debe ser ya más que un sueño; no os obstineis en guardar una fidelidad quimérica á